

y Distribuidora de todas las gracias. Tenemos que invocar del cielo el preciado don de la Maternidad sobrenatural y benéfica de la Virgen, sobre todos los hombres. Hay que rogar con insistencia para que, esta celestial Señora, sea pronto, pronto, declarada por la palabra del Vicario de Cristo, Corredentora, *socia* de su Hijo Jesús. Que, esta pobre humanidad doliente y extraviada, reconozca a Maria como Reina y Abogada de los pecadores, Emperatriz de cielos y tierra, Madre de Misericordia, reforzando así, cada vez más, la obra salvífica de Jesús, con la entrañable y llameante caridad de Maria Inmaculada, zarza bíblica, que arde sin consumirse.

Cuando llegue la hora señalada por Dios, seguro que la Iglesia infalible bajo la inspiración del Espíritu Santo, adornará las celestiales sienes de la Virgen con estas nuevas y lucientes estrellas, chispeantes del oro y luz purísima de sus privilegios incomparables. Pero, está en cada uno de nosotros, acelerar con súplicas ardientes y una amplia divulgación mariológica, estos momentos deseados por los verdaderos devotos de la Virgen, como en los dogmas de la Inmaculada y de la Asunción, en los que tan decisivo influjo tuvo el *sensus fidelium*, el clamor del pueblo cristiano, tan gallardamente ensalzado por el Cardenal Tisserant.

Y, además, porque la devoción a Maria, risueña aurora de gracias, nos lleva necesariamente a Jesús, sol divino de justicia y santidad, según la fórmula tradicional de la Iglesia y de los santos:

A Jesús por Maria, al reino de Jesucristo por el reinado benéfico del Inmaculado Corazón de Maria.



Tres muestras de PASTERNAK juvenil

Traducidas por FRA CIRANO DE VELASCO

He aquí como tú comienzas. A los dos,
te apartas de la tata y te zambulles
en la triste soledad cantante:
ajeas y gorjeas, ulular de infante.
A los tres años, las palabras bullen.

He aquí como tú comienzas a entender.
La turbina zumba y todo es otra cosa distinta
otra cosa, no lo que es,
Tú no eres tú, la casa tierra extraña,
la madre no es madre. Todo engaña,

¿Por qué esa belleza arrebatadora
se desliza y trepa sobre el banco lila,
en el crepúsculo rojo?
- «Señora, quiere echar a su niño maldejo».
Así es como la sospecha se siembra y germina.

He aquí como el temor cuaja y madura.
En que una estrella de su curso se ha salido,
un hombre, acaso, insista.
¿Qué o quién es él: - Fausto o fabulista?
Así es como los gitanos imponen su albedrío.

He aquí como la mar, de improviso,
sobre la barda urbana, su tremenda belleza,
como un suspiro, cierne,
allí donde creías que las casas estaban.
¡Qué libre el verso: libre cuando empieza!

He aquí como las noches de verano y estrellas
te llaman al ser -
¡Póstrate en la sementera! - ya amaga
la aurora con sus guiños de mujer.
Así comienza con el sol sus querellas.
Así es como tú comienzas a vivir la Poesía.

Para este libro, como epígrafe,
la voz áspera del erial,
leones rugían y Klíping miraba
a los ojos de los tigres.

Un bostezo de polvo; el negro
abismo del desespero.
Se cimbrean, charlando. Ecurridiza
su piel de frío pelo.

Y siguen cimbreándose aun en verso
que, a duras penas, les rima
se desvanecen en la verde neblina.
El Ganges se sueña con ellos.

La Aurora, como víbora viscosa,
repta en las fosas.
En la jungla un vapor ritual,
húmedos requiescats.



Tu huerto de nogales te aísla de la luz, de la cultura
y mohosas monedas de sol caen de su altura,
ora colas, sobre enorme tocón podrido, sin ramas,
ora cabezas, un águila empañada, sobre una rana.

Tus árboles atrás te dejan. Habías llegado a estar muy seguro
de ese corazón vegetal palpitando moroso con el tuyo,
cuando saltaron aquende la mojonera, en arco de follaje en arco,
hasta donde el monte ralea, un pájaro se hace barco.

Su canción al viento se espurrea y boga a través de lo azul,
y pasa... La floresta ulula, vuelve el ojo y vela,
a través de las copas empañadas
mira al pájaro-barco que por allí nayega.

Este es el lugar de reunión de los frutos y los truenos.
Antenas de líquen punzan las nubes. Resplenden
como brasas los helechos,
estupefaciendo la inteligencia de los jóvenes hermanos.
¡Oh, ceniza lila de los helechos paganos!

Mérida, 24 de Noviembre, 1958.



Voces y expresiones viciosas

Camarín sí, «camerino» no

HACE muchos años
asistía en el Teatro
Real de Madrid, a la
representación de *El barbero*

de *Sevilla*, de Rossini. Lo cantaban la Gali Curci, Virglione Borghese, Carpi y Mansueto. Como he sido y soy muy aficionado a la ópera, recuerdo perfectamente los nombres de quienes interpretaron la famosa obra italiana. Pero además existe otra razón para que no se me haya olvidado, al menos, uno de ellos.

Un amigo mío, que había hecho la travesía del Atlántico en el mismo barco que la Gali Curci, me dijo al concluir el segundo acto:

—Voy al *camerino* de la Gali Curci a felicitarla.

Y yo que por aquellas calendas ¡y ya ha llovido! sentía la misma afición que ahora por las cosas del lenguaje, me permití reprochar a mi acompañante el uso indebido de la palabra subrayada:

—Yo no habría dicho *camerino*, sino camarín.

El terminejo italiano andaba y sigue andando en labios de la gente, y no faltan críticos de teatro, periodistas, reporteros y locutores que incurran en tal torpeza.

Mariano de Cavia la ha llamado «quiste engorroso y pernicioso que la rutina y la falsa elegancia (vulgo cursilería) han añadido a los demás tumores y malos humores que traen hecho un asco el cuerpo del idioma» (1).

¿Para qué recurrir a una voz forastera cuando el propio lenguaje

(1) *Limpia y fija...* (Madrid, 1922) pág. 50.